

El toro y la serpiente: relatos orales tradicionales, memorias y cambio social en el valle bajo de Nepeña, Ancash-Perú

Jorge Gamboa Velásquez

RESUMEN

La literatura tradicional popular, transmitida y creada generacionalmente en el medio rural y urbano, enfrenta un riesgo de pérdida originado en el cambio generacional y el peso de los valores de la modernidad. Este artículo presenta los resultados de una primera fase de recopilación y análisis de relatos populares del pueblo de Capellanía, en el valle bajo de Nepeña (costa de Ancash). Las narrativas reunidas son presentadas a manera de testimonios e historias breves. Los personajes de esos relatos habitan un paisaje cargado de significados y memorias propias de un medio rural en cambio y un territorio marcado por los signos y testimonios de la historia local.

Palabras clave: Ancash, valle de Nepeña, relatos tradicionales, literatura oral, sociedad.

ABSTRACT

Transmitted and created generationally in rural and urban settings, the traditional popular literature faces a risk of loss from generational change and the weight of modern values. This article presents the results of a first phase of collecting and analyzing for folk tales from the town of Capellanía, in the lower Nepeña valley (Ancash coast). The collected narratives are presented as short stories. The characters in these narratives and texts inhabit a landscape laden with meanings and memories proper of a changing rural environment and a territory marked by the signs of local history.

Keywords: Ancash, Nepeña valley, traditional narratives, oral literatura, society.

INTRODUCCIÓN

Se ha considerado a veces que el origen mixto o migrante de las poblaciones modernas de la costa peruana es sinónimo de desconexión con la memoria local. En el valle de Nepeña simplemente ese no parece ser el caso. Las poblaciones rurales y urbanas de ese valle cuentan con un patrimonio inmaterial no solamente variado sino además casi intocado por los especialistas en antropología y cultura popular. La literatura oral es una de las expresiones culturales locales menos exploradas. El registro y análisis preliminar de las narrativas orales del valle bajo de Nepeña permite reconocer un conjunto de discursos y voces que expresan varias facetas de la ideología tradicional del área. Esos textos verbales hacen referencia a lugares y experiencias significativas para las comunidades locales y reflejan, hasta cierto punto, respuestas emocionales compartidas y entendidas por los miembros de estas. Transmitidas de generación en generación, esos conocimientos también interactúan –en aparente desventaja– con un conjunto novedoso y creciente de modalidades contemporáneas de lenguaje e interacción social.

El paso a la modernidad ha originado que parte de las creaciones intelectuales populares sea desechada, incluso localmente, por su supuesta “condición arcaica”. Como consecuencia, las narrativas orales nepeñanas, en forma de cuentos y leyendas, son hoy menos visibles y aparecen refugiadas en la memoria de un número cada vez más reducido de personas adultas. Este repliegue ha coincidido, por décadas, con el interés de historiadores y literatos en las manifestaciones culturales de la sierra, algo que produjo “*la convicción (...) que las poblaciones de la Costa estaban vacías de tradiciones*” (Arguedas e Izquierdo Ríos 1947, 2009: 23). Como veremos en las páginas siguientes, esa posición demostraba más la falta de estudios que la realidad existente.

En este ensayo se exploran diversas facetas del significado de los sitios arqueológicos, áreas apartadas y montañas para las poblaciones rurales modernas del valle de Nepeña y pueblo de Capellanía. Esas formas de relación –cotidiana, simbólica y aun económica– aparecen cargadas por un sentido ambivalente de cercanía y distanciamiento con las “ruinas”, tanto admiradas y temidas como alteradas o aún destruidas. La historia del valle de

Nepeña es particularmente rica en evidencias arqueológicas e históricas. Las poblaciones tempranas del valle alcanzaron un primer periodo de desarrollo sociopolítica y económica en el periodo “Chavín” (1600-100 aC). El periodo Moche del templo y santuario de Pañamarca (400-800 dC) fue otra etapa de florecimiento cultural. El valle de Nepeña fue integrado al estado Inca en el siglo XV. Los índices demográficos locales descendieron durante la primera parte del periodo colonial, pero empezaron a recuperarse en los siglos XVIII y XIX.

En el periodo colonial (1532-1821) la economía del valle de Nepeña estuvo basada en la producción de alimentos, azúcar y pisco. A partir del periodo republicano, la economía del valle pasó a depender de la agricultura agroindustrial y de exportación dominada por haciendas azucareras, cooperativas y empresas transnacionales, las cuales han coexistido con una economía campesina, obrera y basada en el comercio. El centro poblado más próximo al sitio arqueológico de Pañamarca es Capellanía (350 habitantes), un asentamiento rural ubicado a 8 km al suroeste de la ciudad de Nepeña y medio kilómetro de esa área arqueológica. Dos centros rurales cercanos a son Huacatambo, próximo a la Carretera Panamericana, y Cerro Blanco, ubicado en el área de ingreso a la ciudad de Nepeña. La conectividad con el resto de la provincia es proporcionada por la carretera de ingreso al interior del valle, Moro y Jimbe y la Carretera Panamericana, que conecta el valle bajo de Nepeña con Chimbote y Casma (Figura 1).

Figura 1



Ubicación de la provincia de Santa, Nepeña y el centro poblado de Capellanía.

Alrededor de Pañamarca se extienden campos de cultivo de caña de azúcar, pero también zonas de bosque y sectores sin cultivar que, bajo una mirada más atenta, se revelan como los bordes del área arqueológica. El sitio prehispánico se encuentra literalmente rodeado de espacios productivos agrícolas y forestales recorridos a diario por la población de Capellanía. Para esos habitantes la “huaca” y el “cerro” son tanto marcadores del paisaje como un referente visual constante. En consecuencia, muchas de las narrativas locales incluyen referencias directas o implícitas a los parajes arqueológicos y montañas, tomándolos como escenario y agentes de historias individuales o colectivas.

DESARROLLO

OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

La investigación en cuyo marco se recopiló información sobre la literatura oral popular del valle bajo de Nepeña estuvo dirigida a comprender e interpretar la relación entre la preservación del sitio arqueológico prehispánico de Pañamarca y la identidad y perspectivas de desarrollo de las comunidades cercanas. Para alcanzar ese objetivo se condujeron estudios de campo y gabinete orientados a la recolección de datos primarios sobre la realidad demográfica, cultural y socioeconómica local y el estado actual de conservación y manejo del monumento arqueológico. La metodología empleada abarcó el análisis de información obtenida a través de los métodos de la prospección arqueológica, la conservación patrimonial y la etnografía e historia económica.

El método etnográfico fue empleado para registrar y estudiar los vínculos cotidianos, simbólicos, ideológicos y económicos entre las poblaciones modernas locales y los sitios arqueológicos cercanos. La investigación etnográfica fue conducida a través del trabajo de campo y observación participante del autor en las actividades económicas, festivas y políticas conducidas por los habitantes del área de estudio. La información recuperada sobre la economía y organización social permitió analizar las características de crecimiento económico, distribución de ingresos, y equidad y desigualdad socioeconómica y política en el área de estudio.

Los resultados del estudio incluyeron la caracterización de las características socioeconómicas y condiciones de vida en las comunidades urbanas y rurales del área, la relación entre esas poblaciones y los sitios prehispánicos cercanos, y el análisis situacional de la conservación, presentación y perspectivas de gestión sostenible de Pañamarca. Entre los resultados del estudio resaltó la necesidad reconocida por la población del valle de conducir la gestión cultural del sitio bajo un nuevo contexto de acción pública, desarrollo local sostenible y ordenamiento territorial.

La población considerada para el desarrollo de esta investigación estuvo conformada por las comunidades rurales y urbanas y los sitios arqueológicos del valle bajo de Nepeña. La

muestra de estudio fue el conjunto formado por el patrimonio arqueológico presente en el sitio arqueológico Pañamarca y la población rural cercana.

Instrumentos para la toma de datos. Los instrumentos empleados para la toma de datos etnográficos fueron: la guía de entrevistas, las fichas de encuestas y el registro fotográfico. Asimismo, se emplearon como fuentes de datos la bibliografía especializada sobre arqueología, historia y medioambiente local y las bases de datos de la Municipalidad Distrital de Nepeña, el Instituto Nacional de Estadísticas e Informática y la Municipalidad Provincial del Santa.

EL ÁREA DE ESTUDIO

La población moderna de Nepeña está compuesta por grupos de origen local y migrante. El centro poblado de Capellanía, donde realizamos la investigación, presenta familias tanto locales como e origen migrante (Figura 2). Las principales fuentes de trabajo de la población local se hallan en Agroindustrias San Jacinto S.A. y las parcelas agrícolas privadas del área. Una proporción baja de familias de Capellanía está dedicada al comercio a mediana y pequeña escala y la venta de alimentos. Las formas actuales de uso del paisaje están fuertemente vinculadas a la realidad económica y política del valle bajo de Nepeña, respondiendo a la posesión y empleo de campos de cultivos industriales y de productos para consumo humano. Esas condiciones inciden en la disponibilidad del empleo para la población campesina local, en la cual predomina los roles de trabajadores no especializados.

Figura 2



Niña en el centro poblado de Capellanía, Nepeña. Foto por Jorge Gamboa, 2017.

El área pertenece al distrito de Nepeña y la provincia de Santa. La ciudad más cercana es Nepeña (13,860 habitantes), la capital distrital (Figura 3). Los ciclos anuales de la producción agroindustrial y las temporadas de alteración climática y crisis en la economía del valle generan temporadas de alta y baja demanda de trabajadores rurales. La disminución de la disponibilidad de empleo afecta especialmente a esos grupos, los mismos que muestran índices deficientes o menores de acceso a educación básica y superior, salud y seguridad social. La ausencia de representación directa y permanente de autoridades municipales y estatales y la lejanía relativa de los servicios públicos de salud y seguridad son una constante fuente de malestar en la población local.

Figura 3



Plaza e iglesia en la ciudad de Nepeña. Foto por Jorge Gamboa, 2016.

La economía del área está basada en la producción agrícola local –en la que predominan el cultivo de caña de azúcar y productos alimenticios para el consumo local y exportación– y la disponibilidad de empleo en Agroindustrias San Jacinto S.A. Otros rubros económicos menores corresponden al comercio a pequeña y mediana escala, el transporte, la producción de esteras y la prestación de servicios temporales en el campo y el hogar. El turismo juega actualmente un rol solo menor en la economía local. Debido a su ubicación geográfica, el valle de Nepeña es afectado por el Fenómeno El Niño, un evento climático que ocasiona daños inmediatos y a mediano y largo plazo en campos agrícolas y poblados. La mayoría de sitios prehispánicos del valle de Nepeña se encuentran sometidos a factores negativos de conservación de origen natural y humano.

El paisaje edificado de Pañamarca está formado por tres plataformas de adobe, una plaza principal, patios y estructuras menores. Esas construcciones corresponden al periodo de ocupación Moche del valle de Nepeña (400-800 dC). Pañamarca es conocido por sus murales policromos representando seres mitológicos y personajes de la religión y la

sociedad Moche (Bonavia, 1974, 1985; Schaedel, 1951; Trever, Gamboa, Toribio y Morales, 2017).

LOS ACTORES SOCIALES

La población de Capellanía y áreas inmediatamente cercanas se incrementó después del sismo de 1970 con la llegada de migrantes desde sectores altoandinos de Ancash. La economía del área gira en torno a actividades permanentes o temporales en agricultura, comercio y construcción. Los índices locales de desempleo son similares a los del resto de áreas rurales del valle de Nepeña y la Provincia de Santa. La mayoría de habitantes adultos dependen económicamente de los empleos disponibles en la Empresa Agroindustrial San Jacinto SAC. En otros casos, se aprovechan oportunidades laborales eventuales o permanentes en las ciudades de San Jacinto, Nepeña y Chimbote. Las migraciones desde la sierra de Ancash han dado origen a una comunidad en expansión, pero afectada por problemas socioeconómicos y carencias en el acceso a educación y salud de calidad. Por otro lado, la población urbana de Nepeña y San Jacinto muestra una economía más diversificada pero igualmente basada en la agricultura de subsistencia y exportación y el comercio; en ambas localidades existen casos incipientes de promoción del turismo por parte de dueños de restaurantes y vehículos empleados en transporte público.

Casi todos los habitantes de Capellanía conocen Pañamarca y han recorrido su paisaje de adobe, piedra, arena y algarrobos. Sin embargo, el papel del sitio en la identidad y planes de desarrollo de la comunidad no debe ser visto como dominante y menos como uniforme. Al igual que en otras partes de la costa peruana, las formas actuales de acercamiento de la población de Capellanía al pasado prehispánico colocan a éste en un tiempo distante en el que las “culturas” prehispánicas son reunidas e reinterpretadas. Establecido como un conjunto de viviendas para trabajadores de la hacienda San Jacinto, el centro poblado es en la actualidad un asentamiento rural en expansión.

¿Cuáles son las impresiones de quienes experimentan a diario la proximidad física y simbólica del sitio prehispánico? Como veremos en las secciones siguientes, la relación de la población con el espacio arqueológico no puede ser entendida sin hacer referencia a la historia, economía y tradiciones locales, pero también a las tensiones y conflictos existentes dentro de la comunidad.

RELATOS SOBRE CERROS Y ANIMALES

Despoblados por el ser humano, los sitios arqueológicos y los cerros son habitados por animales salvajes –la serpiente, el búho, el zorro, el gallinazo– cuya presencia es vista como presagio del futuro y señal de encuentro con lo sobrenatural. Las huacas y cerros cercanos, son apreciados como espacios liminales. En los diálogos locales, no es extraño encontrar la superposición de categorías de valor dadas a las huacas, las cuales son descritas sucesivamente como lugares “con pinturas de colores”, fuentes de “mal aire” y repositorios de una “riqueza” incesantemente deseada y buscada. Las ruinas son vistas como pueblos abandonados donde la huella de los antepasados puede ser hallada en forma de huesos, vasijas o, como en Pañamarca, coloridas pinturas murales.

Parte de los relatos orales del valle de Nepeña presentan como actores principales a seres imaginados, pero con rasgos del mundo animal. Los toros, los animales domésticos más grandes en el valle, son elementos centrales de esas historias. Una narración recogida en Capellanía y Nepeña describe la aparición de un “toro de oro” en lugares como Cerro Boca de Sapo y Caylán, parajes conocidos por albergar sitios arqueológicos y rocas con formas llamativas. Esta referencia se vincularía a un complejo ideológico común a la costa y sierra peruana, en el que el toro toma algunas características del *amaru*, la divinidad indígena de las lagunas y montañas. En la versión de Germán Yupton (47 años) de Samanco y residente en Nepeña, ese ser “sale por Caylán, más abajo, por allí aparece un animal”. Conocido con diversos nombres en la literatura oral y escrita peruana (Arguedas, 1941; Arguedas e Izquierdo Ríos, 2009, pp. 34, 50-52, 57, 59, 65), ese ser montaraz ocupa parajes agrestes, a los que cuida y encarna.

Ya fuera el “*misitu*” de Puquio descrito por José María Arguedas o los toros encantados de algunas huacas lambayecanas, estos animales astados son a la vez imponentes y protectores y no por ello menos amenazantes y feroces. El toro de la narrativa nepeñana es, al igual que en algunos relatos de Lambayeque y Pasco, un “símbolo de las riquezas minerales y los tesoros ocultos” que revela a través de su presencia (Arguedas e Izquierdo Ríos, 2009, pp. 141); al mismo tiempo, es el ánima de ciertas huacas y montañas.

Otra historia local se refiere a una “*campana de oro*”. Según Adrián Villón Julca (62 años), guardián de Pañamarca y natural de Yungay, la campana “fue vista por Huacatambo, por

cuatro huaqueros que descansaban por la laguna, la campana de oro que traían se volvió piedra, una piedra grande, el Cerro Campana". En este caso encontramos a una entidad que escapar del control de los hombres, se adentra en un espacio libre de ese dominio y logra convertirse en un marcador del territorio. Las historias locales también hacen mención al paisaje de Pañamarca. Adrián Villón recordó que *"una señora antigua contaba que allí hay subterráneos. Un túnel. Los niños que entran no salen"*. La última parte de esa afirmación contrasta, irónicamente, con el ideal más reciente e inspirado en las necesidades educativas locales que las huacas sean espacios *"conocidos por los niños"* (C.R.L.Q., 41 años).

El mundo subterráneo como medio para la manifestación de lo sobrenatural es nuevamente mencionado en otro relato de Adrián Villón sobre *"una culebra de oro, apareció por Calavera; era una culebra de dos cabezas, barbuda, me lo contó uno de los Castillo, (quien) ya ha muerto"*. Una serpiente también es vista como la ocupante del puquio Pipi, siendo así descrita: *"Según narran los antiguos pobladores que en su interior existe una culebra de inmensa longitud, considerada la protectora de dicho manantial"*.¹ En ambas historias puede encontrarse la creencia antigua y reciente en animales sobrenaturales considerados guardianes o dueños de algunos rasgos del paisaje. Las narrativas y datos arqueológicos sobre el Puquio Pipí, que abastece de agua a la ciudad de Nepeña y es promocionado como un atractivo turístico, permiten comprender esa relación.

En cercanía al puquio Pipí se encuentra el "Rastro de la Culebra", una *paccha* prehispánica, esculpida en roca, diseñada como un hoyo próximo a un largo canal zigzagueante.² Los doce metros de longitud del canal convertirían al Rastro de la Culebra en la *paccha* de mayores dimensiones de la costa peruana. Este espacio ceremonial prehispánico era conocido en la década de 1930 como "El Degolladero" (MAUNMSM, 2005, pp. 82-83). El plano usado por Tello para ilustrar ese "canal ritual" lo muestra ocupando una ladera rocosa sobre un puquio del que, a su vez, partía una acequia. La cima del cerro donde aparece el Rastro de la Culebra era ya por entonces usada para el emplazamiento de la "Cruz del Siglo", uno de los símbolos principales de la religiosidad local, de los campesinos inmigrantes y la población de la ciudad de Nepeña.

La historia de la serpiente en el puquial incorpora un significado adicional referido al cristianismo introducido en el valle durante el periodo Colonial temprano. La huella de la serpiente es mencionada en un pasaje bíblico como forma parte de una metáfora

literaria que señala la fragilidad de la existencia humana.³ El rol equivoco de la serpiente es central a estas narrativas, en las que ese ser es tanto un símbolo de vida y regeneración como un signo de la muerte.

En las historias creadas en torno al puquio, el canal y la montaña es evidente el rol del paisaje como lugar de paso, encuentro social y comunalidad. Los discursos en torno a la *paccha* y la serpiente –metafórica y a la vez real gracias a su representación en la roca– y el manantial y la cruz reflejan conceptos de bienestar y supervivencia presentes en las realidades cotidianas locales. Los peligros y atractivos de la noche y los sitios alejados de las viviendas son otros temas recurrentes a las narrativas orales de Nepeña. En ellas también emerge la idea de una relación entre las “ruinas” y la idea de una peruanidad ancestral. Para Manuel Escobar (55 años, de Capellanía) en esos lugares “*dicen que sale el antimonio, el alma, allí los antiguos peruanos hablan*”. Un informante señaló que “*en Tres Marías casi murieron tres huaqueros*”; otra persona afirmó que “*un señor tuvo que tomar sangre de perro para curarse del antimonio*”.

PAISAJE Y MEMORIA

Pañamarca es un espacio de tránsito continuo para agricultores y otros pobladores locales. Los caminos que rodean el sitio son rutas que permiten a quienes habitan la zona dirigirse a sus campos de cultivo, trasladar su ganado o acudir a las zonas boscosas para extraer madera y cañas. El medio rural se articula así directamente con el espacio arqueológico prehispánico, el cual puede ser observado desde casi cada vivienda y parcela del área. Esa proximidad y aún familiaridad con el monumento incorpora una apreciación del mismo como espacio cargado de significados superpuestos, algunos benéficos y otros potencialmente negativos. En el primer caso se encuentra la percepción del sitio como símbolo de identidad comunitaria y recurso potencial para el desarrollo local. Examinemos ahora otros significados atribuidos al sitio y a otros lugares arqueológicos cercanos (Figura 4).

Figura 4



Paisaje arqueológico de Pañamarca. Foto por Jorge Gamboa, 2017.

La parte central del complejo es aún conocida localmente como “*el castillo*” –un nombre común en la costa peruana para edificios prehispánicos imponentes. Para la población del área, el sector monumental de Pañamarca y las áreas cercanas, donde se encuentran cementerios, muros y montículos, forman un espacio con significados superpuestos: una fuente de orgullo por la larga historia de la localidad, un repositorio de riquezas y un signo del pasado. Para la señora Zulma Cáceres Flores (52 años), residente de Capellanía, esa relación es resumida en la frase “*nosotros le llamamos las ruinas de Pañamarca*”.

La narración de Ambrosio Huata Rojas (70-80 años) incluyó una referencia a las pinturas murales de Pañamarca que viera algunos años después de su llegada a Nepeña. Ambrosio señaló haberse trasladado desde la sierra de Ancash a Nepeña entre 1950 y 1960 como un joven peón *pallaquero* (trabajador itinerante empleado en haciendas y

minas), contratado por *enganche* (empleo temporal basado en la aceptación de un anticipo del pago). Esa fecha coincide con el hallazgo, por los huaqueros locales y los primeros arqueólogos que trabajaron en el sitio, de varios murales policromos del estilo Moche (Schaedel, 1951). En su relato, nos cuenta que “*Pañamarca era lindo, con figuras, armas, soldados, en figuras de guerra*”, frases en las que revive la memoria de un sitio cuyos colores y formas debieron haberlo impresionado.

El testimonio prosigue: *en el Castillo cobavan para hallar figuras*” y como en esas excavaciones se encontraban “*huacos silbadores, arco, alhajas, campanas*”. Al ser preguntado sobre la importancia de las huacas, Ambrosio indicó que su valor radicaba en los materiales encontrados mediante las excavaciones (“*porque cuando cobas, encuentras; los gringos compran todo, con su figura, toman fotos*”) y que las personas huaqueaban “*para vender, con suerte encuentran oro*”. Esos beneficios estaban unidos a riesgos, porque “*las huacas tienen anti-monio, mata, (a quienes) oro encuentran*”; luego el narrador reconoció que las cosas habían cambiado puesto que “*eso antes era, ahora (la huaca) está más dominado*”.

El señor Ambrosio coincidió en parte con Alejandrina Gutiérrez de Meléndez (70 años) de la ciudad de Nepeña, quien junto a sus profesores y compañeros de escuela fue al sitio en el año 1956 “*para ver las cosas de los incas, a aprender lo que hicieron los antepasados*”. Ambas personas, de origen distinto y diferentes condiciones socioeconómicas, coincidieron en señalar a Pañamarca como un lugar con pinturas y “*cosas bonitas*”. Estos testimonios se diferenciaron en la identificación por Ambrosio del sitio como un repositorio de riquezas a ser extraídas por los excavadores. Analicemos ahora otro aspecto de la aproximación local al espacio arqueológico: la integración del miedo y el deseo al sentido de lugar.

Parte de las narrativas locales gira en torno al encuentro con seres del mundo animal. Al igual que en otras partes de la costa y sierra peruanas, la aparición o presencia de algunos animales no necesariamente míticos es considerada en Capellanía y Nepeña como el signo reconocible de un acontecimiento próximo posteriormente relatado. Ese encuentro –fortuito más que buscado– puede ser visto como un presagio que, bajo una adecuada lectura e interpretación, permite avizorar el futuro o anticiparse al mismo. Cruzarse en el camino con un zorro, una serpiente o un gato negro es un símbolo usual de mala suerte o de un suceso con consecuencias negativas, dos situaciones que, tentativamente, pueden

ser evitadas al matar al animal portador del augurio o al redoblar la atención dada por el testigo a sus acciones cotidianas.

Parte de los significados atribuidos a las figuras y acciones de los habitantes naturales del campo pueden tener un origen precolonial. Eso es especialmente evidente en relación a las aves activas durante la noche, cuya presencia, como en el caso del búho, anuncia la partida final de un individuo. No obstante, el rol ominoso y aún la desaprobación de las aves nocturnas –dos concepciones compartidas por los pobladores del campo y ciudades locales– parece reflejar la superposición de las creencias Andinas nativas con otras traídas desde Europa en el tiempo virreinal. En efecto, en ese continente y particularmente en la España católica los búhos y otros animales silvestres eran considerados seres capaces de simbolizar tanto a númenes religiosos como de servir de vehículos a fuerzas malignas; esa condición los convertía en símbolos vivientes de los peligros que el bosque, como metáfora del alejamiento de los ideales y espacios cristianos, representaba para los humanos.

Otros encuentros con el mundo natural también son apreciados como cargados de un sentido que puede incluir a la muerte. Ese es el caso de algunas aves nocturnas, especialmente las lechuzas y la pacapaca, cuyo canto en proximidad de las viviendas es considerado señal de la muerte de un familiar. La interpretación negativa, pero a la vez precautoria del cruce inesperado con un animal silvestre reflejaría así una faceta aún poco explorada de la confluencia de los valores indígenas y europeos que ha perdurado hasta nuestros días.

LA CREACIÓN LITERARIA POPULAR VISTA EN CONTEXTO SOCIOECONÓMICO

La sociedad rural del valle bajo de Nepeña ha experimentado cambios profundos en las décadas pasadas. Los orígenes de Capellanía retroceden al siglo XIX, en el origen de la república peruana, cuando la zona era conocida como el “fundo Pañamarquilla” (Gastón, 1875, p. 611). La población local es de origen local y migrante. En el primer caso se trata de familias que han habitado el pueblo por varias generaciones. Otras familias proceden de las provincias altoandinas de Ancash y arribaron a la zona tras el terremoto de 1970. Junto al uso cotidiano del español se encuentra el empleo del quechua, el idioma natal de quienes llegaron desde la Cordillera Negra, el Callejón de Huaylas y Conchucos. La

suma de procedencias diversas incide en el sentido de pertenencia a una comunidad reconocida por sus propios integrantes como fragmentada.

Existen tres tipos principales de espacio empleados por las comunidades del área: áreas con recursos forestales, zonas de agricultura intensiva y permanente, y áreas de vivienda. Un cuarto tipo de paisaje corresponde a las tierras eriazas, una categoría que incluye a Pañamarca, zonas cercanas con arquitectura y cementerios prehispánicos y otros sitios arqueológicos del valle (Figura 5). La mayor parte del área agrícola empleada para el sembrío de caña de azúcar pertenece a Agroindustrias San Jacinto SAC. La quema de los campos de caña de azúcar es realizada a lo largo del año conforme las plantaciones alcanzan el grado de madurez necesaria. En cada ocasión, las quemas producen grandes cantidades de ceniza que llegan al área arqueológica y los poblados cercanos.

Figura 5



Cerro y sitio arqueológico prehispánico de Caylán, Nepeña. Foto por Jorge Gamboa, 2017.

Al igual que en el resto de centros poblados de Nepeña, la economía de Capellanía gira en torno a la productividad de los campos agrícolas del valle. Otros ingresos son alcanzados a través del comercio y el transporte. La agricultura se divide en aquella dedicada a los productos de uso agroindustrial y de exportación y la concentrada en cultivos de consumo local. El cultivo y procesamiento de la caña de azúcar es controlada por Agroindustrias San Jacinto, cuyas fábricas se localizan en la ciudad de San Jacinto, a 12 km al noreste de Capellanía. La producción a gran escala de caña de azúcar determina un ciclo de actividades que requieren abundante mano de obra no especializada y temporadas de descenso en la disponibilidad del trabajo. La economía local tiene otro componente importante en el cultivo de palta y espárragos para exportación, con la siembra de ambos productos siendo una actividad rentable realizada por varias familias de Capellanía y Nepeña.

Las áreas forestales son manejadas por la población de Capellanía a través de quemas esporádicas, tala y recolección. El carrizo es usado para producir esteras, vendidas en el pueblo o llevadas a Chimbote, Casma e incluso Huaraz. La caña brava es empleada para la construcción de muros de quincha de viviendas y corrales. La madera del algarrobo es utilizada en la construcción de viviendas o como combustible para la cocina. La explotación de los bosques nativos se inició en tiempos prehispánicos, pero se intensificó con la introducción de las tecnologías de producción de bebidas destiladas y ladrillos. Otros pobladores crían aves domésticas. Los pastizales y bosques son empleadas para el pastoreo de ovejas, cabras y ganado vacuno.

Las formas descritas de agricultura y uso del territorio generan empleos temporales para jóvenes y adultos, quienes trabajan como peones en labores de irrigación, siembra, cosecha y empacado. Parte de los pobladores locales poseen extensiones de tierra agrícola, las cuales son atendidas por los miembros de cada familia y peones contratados. Otras fuentes de ingreso son la producción y venta de esteras, el trabajo en la construcción de viviendas con materiales tradicionales o modernos, y el comercio a pequeña y mediana escala. El primer caso incluye una docena de familias dedicadas a recolectar o adquirir cargas de carrizo para elaborar esteras, las que son llevadas luego por intermediarios a los mercados de San Jacinto y Chimbote. En esas ciudades las esteras de Capellanía sirven para levantar nuevas viviendas en numerosos asentamientos formales e informales.

La producción de esteras incorpora una serie de conocimientos tradicionales transmitidos generacionalmente. Sin embargo, esa actividad es considerada de menor “status” frente al tercer rubro económico local no relacionado directamente a la agricultura: el comercio. En Capellanía existen varias tiendas o bodegas, pertenecientes a diferentes familias y que sirven para la venta de productos envasados, alimentos y bebidas. Es posible observar una diferenciación al nivel de la inversión en esos negocios, con una mayoría de locales pequeños frente a solo algunos mejor implementados.

Algunas de las tiendas pertenecen a familias propietarias de pequeños restaurantes en actividad, localizados en los dos sectores del pueblo y que sirven tanto a los pobladores locales como a los visitantes de Nepeña, San Jacinto y Chimbote. Otros pobladores logran aumentar sus ingresos mediante la facilitación de transporte a vecinos y visitantes del pueblo. Para ello emplean mototaxis, los cuales pertenecen invariablemente a varones jóvenes (entre 17 y 35 años).

Debido a las condiciones producidas por la estacionalidad de los cultivos y la falta de especialización laboral, la economía local puede ser descrita apropiadamente como “de expectativa” y, en gran medida, aún informal. Los índices económicos y laborales locales indican un índice general medio a elevado de desempleo. La precariedad del empleo afecta especialmente a las generaciones jóvenes del pueblo. No debe dejar de mencionarse la posición de los adultos mayores en la sociedad local. Ambrosio Huata Rojas, habitante de Capellanía procedente de Chavín de Huántar, nos dijo “*no hay apoyo a ancianos*”. En esas palabras encontramos el reconocimiento de ser el segmento social menos atendido.

CONCLUSIÓN

La investigación tuvo como una de sus metas analizar el contexto social pasado y presente del sitio arqueológico Pañamarca. Para lograr esa meta fue necesario entender a ese asentamiento de origen prehispánico como un componente de la historia del valle de Nepeña. En el pueblo de Capellanía y en el valle alrededor la ocurrencia de falta de empleo permanente, la escasa intervención del estado, las expectativas puestas en el hallazgo de “riquezas” y la continua demanda de bienes culturales por traficantes y coleccionistas de bienes culturales confluyen en episodios de intensificación del saqueo de los cementerios y edificios prehispánicos locales y del valle. En el presente, las actividades de

huaquería en el área de Pañamarca han disminuido, pero no han desaparecido completamente. La literatura y saberes tradicionales locales, en paralelo, no fueron documentadas. La instrucción escolar local, dirigida desde la capital del país, tampoco prestó la atención suficiente a esos saberes.

La población del valle aún conserva una variada literatura popular, de la que hemos visto aquí solo unos fragmentos, en torno a sus experiencias pasadas y presentes en los sitios arqueológicos. Ese conocimiento se expresa en la oralidad local a través de diálogos e historias que describen y explican episodios de encuentro y posesión de riquezas e instancias de peligro y amenaza para quienes se aproximan a los lugares arqueológicos. Debido al cambio de los patrones de conducta social, esas últimas manifestaciones de la cultura popular local muestran un ritmo acelerado de desuso y pérdida.

Durante la formación de la república surgió y se consolidó formas de apreciación, heredadas del periodo colonial, de algunas de las “ruinas” y de la gran mayoría de las poblaciones originarias como fuentes de retraso para el establecimiento de un país moderno. Esas perspectivas sociales y posiciones políticas sobre el pasado prehispánico y las comunidades campesinas nativas y mestizas, promovidas públicamente hasta avanzado el siglo XX por parte de la clase alta peruana, nos revelan cómo desde el otro extremo de la pirámide social se crearon y difundieron postulados reconocibles como cargados de subjetividades y sesgo clasista. No solo eso, esas formas de valoración “desde arriba” dejaron una huella profunda en la conciencia ciudadana urbana y rural sobre los restos del pasado prehispánico. La valoración de la literatura oral campesina tampoco escapó a ese desdén y descuido. El reto ahora es registrar y recuperar ese vasto campo de conocimientos y expresión de identidades y memorias.

Agradecimientos. El autor agradece la gentil colaboración del Dr. Ricardo Morales, asesor de maestría, el antropólogo Mg. Arnaldo Castillo García, quien brindó gentilmente su orientación en la redacción de varias partes del trabajo, y el Dr. Rory Miller (Universidad de Liverpool), quien facilitó amablemente datos sobre las haciendas azucareras de Nepeña, información que resultó de gran utilidad para la comprensión de la historia económica del área. El trabajo de campo en Capellanía y Nepeña no hubiera sido posible sin la amable recepción y colaboración desinteresada de los Sres. Adrián Villón, Manuel Escobar, Germán Yuptón y otros pobladores de Nepeña. No se puede dejar de

mencionar la cooperación de los alumnos, colegas y autoridades de la Facultad de Ciencias Sociales, Educación y Comunicación de la Universidad Nacional “Santiago Antúnez de Mayolo” en la ciudad de Huaraz. La docencia en una universidad pública enriqueció, sin duda, cada uno de los pasos de este trabajo.

Notas

1. Testimonio en: <https://es.slideshare.net/slideshow/nepea-ayer-hoy-y-siempre/50017786>.
2. El termino paccha es traducido en el Vocabulario de la Lengua Aymara de Bertonio (1612) como “*fuelle que echa el agua por algún caño*” e “*instrumento de madera con que liban chicha por pasatiempo...*”.
3. “18. *Tres cosas me son ocultas; Aun cuando tampoco sé la cuarta: 19. El rastro del águila en el aire; El rastro de la culebra sobre la peña; El rastro de la nave en medio del mar; Y el rastro del hombre en la doncella*” (Proverbios 30: 18-19).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arguedas, J.M. (1941). *Yarwar Fiesta*. Editorial Horizonte.

Arguedas, J.M. e Izquierdo Ríos, F. (1947). *Mitos, Leyendas y Cuentos Peruanos*. Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural. Ministerio de Educación Pública.

Bonavia, D. (1974). *Ricchata Quellcani: Pinturas murales prehispánica*. Banco Industrial del Perú. Fondo Editorial del Libro.

MAUNMSM (Museo de Arqueología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos). (2005). *Arqueología del Valle de Nepeña. Excavaciones en Cerro Blanco y Punkurí*. Cuadernos de Investigación del Archivo Tello 4.

Gastón, A. (1875). *Compilación de las Vistas Fiscales que en materia judicial y administrativa se han expedido en el Perú, desde el año de 1840 hasta 1870, por los Doctores D. José Gregorio Paz Soldán y D. Manuel Toribio Ureta. Tomo II.* Imprenta del Estado, Calle de la Rifa, Núm. 58.

Schaedel, R. (1951). Mochica Murals at Pañamarca. *Archaeology*, 4(3), 145.154.

Trever, L., Gamboa, J., Toribio, R. y Morales, R. (2017). *The Archaeology of Mural Painting at Pañamarca, Peru.* Dumbarton Oaks Pre-Columbian Art and Archaeology Studies Series.